

*Murallas en pórticos: Josep Carner et alii**

Juan M. RIBERA LLOPIS

Contra las llamadas culturas y lenguas de *prestigio*, así normalmente entendidas por su extensión y uso, las culturas y lenguas del marco occidental con porcentajes menores de usuarios han de urdir variadas estrategias para mantener y a la vez incorporar su acervo y señas de identidad en el concierto universal. Minoría y/o minorización se asumen por su parte como retos que provocan comportamientos y respuestas culturales, lingüísticos y literarios por tanto. En sesión preparatoria para esta mesa intercambiamos los compañeros presentes opiniones que establecían como perfil no absoluto pero sí operativo para comunidades del centro-este europeo el salto de sus intelectuales a una *lengua de prestigio* del centro-oeste continental como el alemán, el francés o el inglés. Ya se nos vienen explicando aquí algunos de esos casos. Semeja que ese estereotipado intelectual puede adoptar como lengua de cultura uno de esos medios de expresión sin por ello entrar en conflicto con su tradición, sin arriesgarse por tanto a que su paso parezca una deserción con respecto a su cultura y lengua nativas. Es más, estas últimas, como punto de partida, tendrán la posibilidad de proyectarse universalmente mediante esa opción. Piénsese en Kafka o en Eliade. Tal vez cabe que eso sea así porque, no necesariamente, aquellas otras lenguas de destino no han sido motivo de conflicto para la identidad oriunda. Lo cierto es que, de la parte oeste de nuestro continente, parece que ese estratégico paso no puede darse con la misma solvencia y libertad de movimientos. Si Mistral hubiera escrito en francés, no sólo hubiera pasado a la nómina de la *grande littérature française* sino que además habría estado escribiendo en

* Contribución presentada en la mesa redonda, celebrada bajo el título que encabeza esta sección, y en la que también participaron las doctoras Mejía, Popa-Liseanu y Popeanga Chelaru.

la lengua que, historia adelante, había minado el devenir de unas letras provenzales modernas y contemporáneas: reconocimiento a cambio de deserción, cabe argüir. Cuando D'Ors, más acá de los años veinte, va regularizando su escritura en castellano y su instalación madrileña, aumentará o no su órbita de influencia pero ciertamente opta por una vía conflictiva en un estado con no pocas cuestiones pendientes respecto al reconocimiento pluricultural, entonces en plena reyerta, aceptación o no del bilingüismo literario como realidad factible aparte. Centrándonos así en geografía inmediata, plantéese que en España las culturas y las lenguas no castellanas han debido batirse en un inteligente equilibrio entre identidad más conciencia y universalidad más coetaneidad. Y esto para reconstruirse como útiles de comunidades, útiles que se reconocen hacia atrás en una tradición y se proyectan hacia un horizonte que, ciertamente, es más y más una red de referentes comunes pero que, creemos, ha de tejerse desde las enriquecedoras aportaciones pluriculturales. Sólo así aquellas *otras* culturas y lenguas españolas escaparían al regionalismo, folklorismo o cantonalismo en que convenía amorfizarlas y se mostrarían como entes vivos, porque eso nos dice la lingüística teórica que son las lenguas y eso repiten lingüistas y profesores que sólo quieren que sea así para la suya, normalmente y de por sí *grande* y de consensuado *prestigio*.

Total que hoy, ante el reto de la globalización y de la aculturación que aceleran las corrientes emigrantes, nuestro estado que, tras siglos de conflicto interno, no ha pasado de ser tímida y constitucionalmente pluri-cuatrilingüe, quizás deba ser pluri-multilingüe. Y eso a no ser que se sume a una totalización aldeana que, *ai las!* y mira por dónde, puede acabar por fulminar la gloriosa identidad española-castellana. Cabezas pensantes y conscientes de esa cuestión y desde el *hispanismo militante* alertan ya sobre un español convertido mediáticamente en un chapurrao hispano-inglés.

Desde los cantones vasco, gallego y catalán de nuestra americano-europeísta *provincia*, y tratando sobre sus actuaciones literarias, puede haberse dado el salto, combinado o no mediante el bilingüismo, a la lengua de proyección estatal y universal más próxima que en lógica será el castellano. Puede, no obstante, darse la voluntad de encontrarse y a la vez enriquecer ese doble espacio de ubicación zonal, el estatal primero y el universal inmediatamente, desde la actuación con el propio idioma y desarrollando los propios presupuestos en un nutriente filtrado con los de otras comunidades.

Pasando a ejemplificar desde tradición catalana, contémplese una postura incluso radical en ese sentido como sería la confección interlingüística del texto. A modo de muestra: Llorenç Villalonga (1897-1980), anima-

do a la vez por cronología y presupuestos vanguardistas y por el entorno del inicial cosmopolitismo turístico mallorquín, cruzó desde sus primeras novelas su escritura de idiomas en lo que en los pasados años setenta —léase *Andrea Vicitrix* (1973)— era retórica que le servía para parodiar las conclusiones de un novecientos globalizado que no le merecía ninguna confianza; en esa encrucijada, otro mallorquín, Biel Mesquida (1948), sigue en la red interlingüística, ahora tendida sobre los referentes culturales de una postmodernidad que se sabe inter-lingüístico-textual. No en balde la cultura catalana cuenta con un artista que pintó y dibujó como había escrito, Salvador Dalí (1904-1989), quien, del catalán de su *Sant Sebastià* (1927) al bosque idiomático y cultural que es su documentación en memorias y diarios personales, desarrolla toda una patente revisión y transgresión de la tradicional ecuación entre patria-cultura-lengua. Esa superación del corsé idiomático puede estar en la génesis de los códigos interartísticos, a la búsqueda de lenguajes más universales: así Antoni Tàpies (1923) desde la plástica hacia el verso y Joan Brossa (1919-1998) desde la palabra hacia la representación objetual, me valen, a mí como espectador, como forjadores de sendas poéticas ubicadas en ese avance del lenguaje propio hacia el discurso universal.

Preguntémonos con todo si sigue siendo evidente el substrato de origen, más allá de la combinación interlingüística en estas tendencias abiertamente transgresoras. ¿Son catalanes para usted o para mí Dalí o Brossa? El posicionamiento que al creador con conciencia de país en su lengua impone esa pregunta, habrá de estar en el origen de aquellos comportamientos que entienden que la indagación en su más esencial seña de identidad, la lengua, cuidadosamente forjada, es el más razonable útil para acceder a, y a la vez, enriquecer lo universal.

En 1884, tras unas cuantas amonestaciones por parte de Benito Pérez Galdós sobre su empeñamiento en escribir en catalán y no en castellano, Narcís Oller (1846-1930) le contestaba si se le habría «... ocurrido á Vd. hacer hablar como Byron al bueno de Bringas ó á su esposa la Pipaón», eso con el tono de respeto y cordialidad que presidió todo su epistolario. A finales de los pasados sesenta Jacques Denjean proponía a María del Mar Bonet (1947) grabar en francés, augurándole un puesto de honor en las nuevas promociones de la *chanson*, ampliando con mucho los limitados circuitos de la *nova cançó*. Ninguno de los dos aceptó el tránsito lingüístico. Y ello no fue óbice para que en catalán el narrador progresara desde el realismo-naturalismo hasta el umbral de la gran novela del novecientos, ni para que la cantante haya entonado melodías de todas las orillas mediterráneas y

haya flirteado, en lo que ella llama *excursiones musicales*, con los compases de perfil más anglosajón, del *soul* al *rock*. Y eso ha servido además para que esas corrientes culturales occidentales cuenten también con la interpretación de una de sus tradiciones, a la que, así conocida, se podrá atender para enriquecerse al tiempo que aquélla se universaliza: no hay Pau Casals (1876-1973) más universal en el lenguaje occidental del cielo que el del popular catalán *Cant dels ocells*.

Ese posicionamiento no debe entenderse como cerril cabezonería ni como pertinaz tozudez ni como bandera necesariamente de un nacionalismo excluyente. Aquí cabe la idea con que encabezábamos estas páginas y que debemos a Josep Carner (1884-1970), tratando precisamente de la naturaleza catalana y de la necesidad de acercamiento entre los pueblos: «conversión de murallas en pórticos» (J. Carner, 1985: 41). Ese transitar de afuera hacia adentro de la propia comunidad que permita la acogida y el presente al visitante de nuestro patrimonio, y de adentro hacia fuera que nos ayuda a humanizarnos, por los vanos abiertos en los sillares de la ancestral tradición, son los vasos comunicantes de los que debiera emanar no una aldea globalizada sino un caleidoscopio lleno de cromáticas fronteras abiertas y ámbitos superpuestos entre las parcelas que los componen. Parcelas no conservadas ni por afán arqueológico, ni por prebendas de casta política, ni por ningún tipo de oportunista ecología cultural.

Los mejores representantes del intelectual-tipo del novecientos han transitado por doquier con ese pasaporte, a veces con el riesgo de verse expulsados como apátridas de su paraíso de origen o al menos amonestados por el fundamentalista senedrín del *sancta sanctorum* de su patria. Las letras catalanas han podido en ocasiones rayar esos márgenes de *malditismo* ante figuras, por ejemplo, como la de Aurora Bertrana (1892-1974) que, en catalán, en libros de viajes, narrativa y memorias nos llevó de los mares del sur al Magreb, de la eufórica Cataluña republicana a la desolada centro-Europa bélica y a la España que limitaba con el setenta y cinco. Queda hoy, por encima de las suspicacias culturalistas de un tiempo, su labor de drenaje cultural y literario. Como de Josep Pla (1897-1981), en una lengua catalana en un determinado momento, allá por 1947, convertida en históricamente referencial, nos queda una de las iconografías más atávicamente catalana, la del Empordà y la de sus *homenots*, combinada con, y no extraña a, la visión y el discernimiento de otros parajes universales sistematizados en sus crónicas y libros de viajes.

Si la fórmula para lograr ese modelo de protagonismo histórico-literario parece difícil de conseguir, quizás podamos encontrar su fundamento en al-

gunos textos del citado Carner, Josep Carner quien pasó de «príncep dels poetes» de la promoción «noucentista» a intelectual de referencia del exilio catalán para acabar como desubicado cosmopolita con respecto a la evolución catalana interior, y que es a la vez factor en buena medida de la lengua literaria operativa en el novecientos, nos propondrá lo que sigue. Deseamos señalar que los textos siguientes están seleccionados de entre su prosa de 1930 a 1962, tiempos de destrucción y de reordenación, desde la ascensión de los fascismos a los proyectos de ordenación mundial en clave comunitaria, coordinada en la cual clamaba a la vez el autor por la identidad catalana y contra las «... incitacions tòxiques del nacionalisme tancat i barrat» [1943], contra «... un nacionalisme casolà, agressiu, nodrit de sofisticacions històriques» [1942] (J. Carner, 1985: 189-190, 20). Pensemos pues en clave de semejanza con respecto a la actual conciencia de estar viviendo un punto de inflexión que justificara la globalización. En situación paralela, Carner afirma, primero, respecto a la «varietat» implícita en «les nacions petites» y el imperialismo de cualquier tipo:

(...) la varietat és llei de vida, única mena possible de declaració de la unitat essencial, car les identitats pertanyen a l'abstracte. Si la varietat és suprimida de bo de bo, l'alternativa, en el món espiritual o el físic, és l'esterilitat, l'imperialisme del no-res.

(...) pertocarà a les nacions petites, on, tot amb tot, l'home s'ha salvat millor que no pas a les grans, de defensar els temperaments de llibertat, els drets de la vida, el retorn de l'humanisme contra els deixalls del deliri hegemònic que havia turmentat els polsos de cada país de més o menys artificials possibilitats [1942] (J. Carner, 1985: 18, 19);

después, que cada uno de esos templos de la enriquecedora variedad tenga conciencia de su valor y de su proyecto de futuro, así la tradición catalana:

Que Barcelona consuma más libros extranjeros, originales o traducidos que todas las ciudades españolas reunidas. Que el mercado artístico de Barcelona sea uno de los más importantes de Europa. Que para estudiar a Picasso no pueda prescindirse de hablar de Nonell y de Gaudí. Que el propio examen competente de la literatura medieval española, haya nacido en la cátedra barcelonesa de Milà i Fontanals, de quien descenden Menéndez y Pelayo y Menéndez y Pidal. Que el más genial de los compositores españoles, Manuel de Falla, fuese un discípulo devotísimo de Felip Pedrell [1953] (J. Carner, 1985: 40);

seguidamente que, entre ese patrimonio, se cuente con la identidad lingüística:

Poble que parla no és pas colgat ni submergit; poble que conserva la propia llengua no és de mena d'esclaus; poble que gronxa les seves paraules en el ritme de la poesia i la música sap allargar generosament la seva essència en el doble sentit de les centúries passades i les centúries venidores. [1942].

Catalunya té una riquesa incomparable, una arma la més eficaç de totes, un camí que mena a tot arreu: una llengua pròpia indissociable i indissociada de la cultura. [1942].

Però encara vull dir un mot sobre la tendència universal necessària dels catalans parlant català, que no és el primer exemple de la grandesa en terra petita, mentre un corc de misèria, d'angúnia casolana, rosega imperis que es convertiran en fantasmes. [1942] (J. Carner, 1985: 45, 30, 47).

De este modo esas tierras, y por ende la catalana, «...han de constituir no solament una reserva, sinó una inspiració», y para lo cual «la nostra llengua» supondrà «...la nostra executòria davant el món», la lengua como medio de un «...idealisme actiu, transformador, engrapador del món i no pas elegíac de causes perdudes» [1942] (J. Carner, 1985: 47, 48). Así, en prosa carneriana y tomando al parecer términos napoleónicos, la emblemática barcelona será «una antifrontera, porta d'Espanya» [1948] (J. Carner, 1985: 67), eso afirmado en años de empecinado aislacionismo. Josep Carner, respecto a la forja de la identidad moderna catalana, hablaría semejantemente y siempre en términos de «...comunicació amb l'exterior» y de necesidad de «...mesurar-s'hi per fer universal...» su cultura [1956] (J. Carner, 1985: 171, 172). De este modo, si el camino hacia la *síntesis humana* es en el discurso carneriano una progresión invariable, nunca deberá ser ni a costa de la plural riqueza cultural ni impedida por el hermetismo local.

P. S. I. A propósito de una nota de prensa. Para el año 2004, Barcelona prepara un *Forum* universal de la cultura, un encuentro multirracial. Alguien dirá: otra estrategia nacionalista catalana para capitalizar la atención y asegurar el protagonismo irreductible. Otros pensaremos: porqué no, una propuesta para que la globalidad, que no la globalización, conjugue dialógicamente el mosaico humano en cada una de sus lenguas.

P. S. II. A propósito de un concierto. Los pasados días 2-5 de mayo (2001), en el teatro Albéniz (Madrid) Lluís Llach podía confesarse «malalt d'amor» por su «petit país» y desde allí llevarnos a Alejandría con los versos de Kavafis, conducimos a la no-victoria de Kosovo y traernos al encuentro de la inmigración; eso, con fondos jazzísticos, ritmos de paródica bossanova, ambiente de cabaret centroeuropeo, atmósfera felliniana, astrales ritmos africanos y pentagramas de cantata. Sin abandonar el «petit país» de su idioma. Sin trampas *new wage*. Para explicar, Llach, en castellano, que eso tan manipulado por unos y tan tergiversado por otros de ser nacionalista tal vez se reduzca a decir, cuando uno está en su tierra, «bon dia» por la mañana y «bona nit» por la noche, o a decírselo uno a sí mismo esté donde esté.